

memoria de mi dichoso tránsito, y por la voluntad con que quise morir para imitarle, estén debajo de mi especial proteccion en aquella hora, para que yo los defienda del demonio, y los asista y ampare, y al fin los presente en el tribunal de su misericordia, y en él interceda por ellos. Para esto me concedió nueva potestad y comision, y el mismo Señor me prometió que les daría grandes auxilios de su gracia para morir bien, y para vivir con mayor pureza, si antes me invocaban, venerando este misterio de mi preciosa muerte. Y así quiero, hija mia, que desde hoy con íntimo afecto y devocion hagas continuamente memoria de ella, y bendigas, magnifiques y alabes al Omnipotente, que conmigo quiso obrar tan venerables maravillas en beneficio mio y de los mortales. Con este cuidado obligarás al mismo Señor y á mí para que en aquella última hora te amparemos.

746. Y porque á la vida sigue la muerte, y ordinariamente se corresponden, por esto el fiador mas seguro de la buena muerte es la buena vida, y en ella despegarse el corazon, y sacudirse del amor terreno, que en aquella última hora aflige y oprime á la alma, y le sirve de fuertes cadenas para que no tenga entera libertad, ni se levante sobre aquello que ha tenido amor en su vida. Ó hija mia, ¡qué diferentemente entienden esta verdad los mortales, y cuán al contrario obran! Dales el Señor la vida para que en ella se desocupen de los efectos del pecado original, para no sentirlos en la hora de la muerte; y los ignorantes y míseros hijos de Adan gastan toda esa vida en cargarse de nuevos embarazos y prisiones, para morir cautivos de sus pasiones, y debajo del dominio de su tirano enemigo. Yo no tuve parte en la culpa original, ni sobre mis potencias tenian derecho alguno sus malos efectos, y con todo eso viví ajustadísima, pobre, santa y perfecta, sin aficion á cosa terrena; y esta libertad santa experimenté bien en la hora de mi muerte. Advierte, pues, hija mia, y atiende á este vivo ejemplo, y desocupa tu corazon mas y mas cada día, de manera que con los años te halles mas libre, expedita, y sin aficion de cosa visible para cuando el Esposo te llamare á las bodas, y no sea necesario que vayas á buscar entonces la libertad y prudencia que no hallarás.

CAPÍTULO XX.

Del entierro del sagrado cuerpo de María santísima, y lo que en él sucedió.

Fue necesario que Dios alentase con particular esfuerzo á los Apóstoles, discípulos y otros fieles, para que no quedasen oprimidos, y algunos no muriesen con el dolor de la muerte de María. — Tratan los Apóstoles de sepultar el cuerpo de la Virgen. — Sepulcro que el Señor le tenia prevenido. — Determinaron que el cuerpo virginal fuese ungido, como lo fue el de su Hijo, y encargaron su ejecucion á dos doncellas. — Milagroso resplandor con que el Señor las detuvo sin que pudiesen tocarle. — Entendieron los Apóstoles no se debía tocar el cuerpo de la Madre de Dios. — Vieron san Pedro y san Juan la maravilla, y oyeron los elogios que cantaban á María los Angeles. — De ellos se tomó el elogio comun de su virginidad que conservó la tradicion. — Voz del cielo que oyeron Pedro y Juan de que el sagrado cuerpo ni se descubriese ni tocase. — Forma con que pusieron el cuerpo de la Virgen en el féretro sin tocarle. — Moderóse el resplandor de modo que se pudiese mirar el rostro y manos de la Virgen. — Privilegio de la Virgen de que nadie en vida ni muerte viese cosa de su cuerpo, sino el rostro y manos. — Ponderáse la singularidad de este privilegio de la Virgen Madre. — Milagro que sucedió con las luces que se encendieron para el entierro. — Concurrieron al entierro por disposicion divina todos los moradores de Jerusalem. — Llevaron los Apóstoles sobre sus hombros el sagrado cuerpo. — Acompañamiento invisible de Angeles y Santos que llevaba el entierro. — Milagros que sucedieron en el camino. — Todos los enfermos que acudieron sanaron. — Los endemoniados fueron libres. — Muchos judíos y gentiles se convirtieron, confesando á voces á Cristo. — Efectos divinos que sintieron los Apóstoles y discípulos. — Demostraciones de alabanza divina que hacia el concurso con la fragancia, música y otros prodigios que percebían. — Colocacion del cuerpo de la Madre de Dios en el sepulcro. — Quedaron en custodia del sepulcro los mil Angeles de María, continuando la música. — Fragancia que quedó en la casa del cenáculo, y privilegios divinos que gozó por algunos años. — Determinaron los Apóstoles que asistiesen algunos de estos al sepulcro de la Virgen mientras perseverase la música. — Fueron los mas continuos asistentes san Pedro y san Juan. — Milagrosas señales de dolor que dieron las aves y las fieras concurriendo al sepulcro. — Fealdad de la reincidencia en el pecado. — Es mayor en las almas que con especial gracia son llamadas á la perfeccion. — En estas almas los vicios del mundo ponen horror al cielo. — Nueva intimacion que hace María á su discípula de la muerte mística que tenia prometido. — Quiso la divina Maestra que el obrar de su discípula fuese prueba de su doctrina y testimonio de su eficacia. — Exhortacion al vivir para Dios. — Exhortacion al morir para el mundo. — Forma de esta muerte. — La causa de la repeticion de esta doctrina es la importancia de su ejecucion. — Aviso de los peligros.

747. Para que los Apóstoles, discípulos y otros muchos fieles no quedaran oprimidos, y que algunos no murieran con el dolor

que recibieron en el tránsito de María santísima, fue necesario que el poder divino con especial providencia obrase en ellos el consuelo, dándoles esfuerzo particular con que dilatasen los corazones en su incomparable afición; porque la desconfianza de no haber de restaurar aquella pérdida en la vida presente no hallaba desahogo; la privación de aquel tesoro no conocía recompensa; y como el trato y conversacion dulcísima, caritativa y amabilísima de la gran Reina tenía robado el corazón y amor de cada uno, todos quedaron sin ella como sin alma y sin aliento para vivir, careciendo de tal amparo y compañía. Pero el Señor, que conocía la causa de tan justo dolor, les asistió en él, y con su virtud divina los animó ocultamente para que no desfallecieran, y acudieran á lo que convenia disponer del sagrado cuerpo, y á todo lo demás que pedía la ocasión.

748. Con esto los Apóstoles santos, á quienes principalmente tocaba este cuidado, trataron luego de que se le diese sepultura al cuerpo santísimo de su Reina y Señora. Señalaronle en el valle de Josafat un sepulcro nuevo, que allí estaba prevenido misteriosamente por la providencia de su santísimo Hijo. Y acordándose los Apóstoles que el cuerpo deificado del mismo Señor había sido ungido con unguentos preciosos y aromáticos ¹, conforme á la costumbre de los judíos, para darle sepultura, envolviéndole en la santa sábana y sudario; parecióles que se hiciera lo mismo con el virginal cuerpo de su beatísima Madre, y no pensaron entonces otra cosa. Para ejecutar este intento llamaron á las dos doncellas que habían asistido á la Reina en su vida, y quedaban señaladas por herederas del tesoro de sus túnicas ²; y á estas dos dieron orden que ungiesen con suma reverencia y recato el cuerpo de la Madre de Dios, y le envolviesen en la sábana, para ponerle en el féretro. Entraron las doncellas con grande veneración y temor al oratorio donde estaba en su tarima la venerable difunta, y el resplandor que la vestía las detuvo y deslumbró de suerte, que ni pudieron tocarle ni verle, ni saber en qué lugar determinado estaba.

749. Saliéronse del oratorio las doncellas con mayor temor y reverencia que entraron; y no con pequeña turbación y admiración dieron cuenta á los Apóstoles de lo que les había sucedido. Ellos confirmaron (no sin inspiración del cielo) que no se debía tocar ni tratar con el orden comun aquella sagrada arca del Testamento. Entraron luego san Pedro y san Juan al mismo oratorio, y conocieron el resplandor; y junto con eso oyeron la música celestial de los An-

¹ Joan. XIX, 40. — ² Supr. n. 737.

geles que cantaban: *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo*. Otros repetían: *Virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto*. Y desde entonces muchos fieles de la primitiva Iglesia tomaron devoción con este divino elogio de María santísima; y desde allí por tradición se derivó á los demás que hoy te confesamos, y le confirmó la santa Iglesia. Los dos apóstoles santos, Pedro y Juan, estuvieron un rato suspensos con admiración de lo que oían y miraban sobre el sagrado cuerpo de la Reina; y para deliberar lo que debían hacer, se pusieron de rodillas en oración, pidiendo al Señor se lo manifestase. Oyeron luego una voz que les dijo: *Ni se descubra, ni se toque el sagrado cuerpo*.

750. Con esta voz se les dió inteligencia de la voluntad divina, y luego trajeron unas andas ó féretro; y templándose un poco el resplandor, se llegaron á la tarima donde estaba, y los dos mismos Apóstoles con admirable reverencia trabaron de la túnica por los lados, y sin descomponerla en nada levantaron el sagrado y virginal tesoro, y le pusieron en el féretro con la misma compostura que tenía en la tarima. Y pudieron hacerlo fácilmente, porque no sintieron peso, ni en el tacto percibieron mas de que llegaban á la túnica casi imperceptiblemente. Puesto en el féretro se moderó mas el resplandor, y todos pudieron percibir y conocer con la vista la hermosura del virgíneo rostro y manos, disponiéndolo así el Señor para comun consuelo de todos los presentes. En lo demás reservó su omnipotencia aquel divino tálamo de su habitación, para que ni en vida ni en muerte nadie viese alguna parte dél, mas de lo que era forzoso en la conversacion humana, que era su honestísima cara, para ser conocida, y las manos con que trabajaba.

751. Tanta fue la atención y cuidado de la honestidad de su beatísima Madre, que en esta parte no celó tanto su cuerpo deificado como el de la purísima Virgen. En la concepción inmaculada y sin culpa la hizo semejante á sí mismo; y tambien en el nacimiento, en cuanto á no percibir el modo comun y natural de nacer los demás. Tambien la preservó y guardó de tentaciones y pensamientos impuros. Pero en ocultar su virginal cuerpo hizo con ella, como mujer, lo que no hizo consigo mismo, porque era varón y Redentor del mundo, por medio del sacrificio de su pasión: y la purísima Señora en vida le había pedido que en la muerte la hiciese este beneficio, de que nadie viese su cuerpo difunto; y así se lo cumplió. Luego trataron los Apóstoles del entierro; y con su diligencia y la devoción de los fieles, que había muchos en Jerusalem, se juntaron gran nú-

mero de luces, y en ellas sucedió una maravilla, que estando todas encendidas aquel día y otros dos, ninguna se apagó, ni gastó, ni deshizo en cosa alguna.

752. Y para que esta maravilla y otras muchas que el brazo poderoso obró en esta ocasion fuesen mas notorias al mundo, movió el mismo Señor á todos los moradores de la ciudad para que concurriesen al entierro de su Madre santísima, y apenas quedó persona en Jerusalem, así de judíos como de gentiles, que no acudiese á la novedad de este espectáculo. Los Apóstoles levantaron el sagrado cuerpo y tabernáculo de Dios, llevando sobre sus hombros estos nuevos sacerdotes de la ley evangélica el propiciatorio de los divinos oráculos y favores, y con ordenada procesion partieron del cenáculo para salir de la ciudad al valle de Josafat; y este era el acompañamiento visible de los moradores de Jerusalem. Pero á mas de este habia otro invisible de los cortesanos del cielo; porque en primer lugar iban los mil Ángeles de la Reina continuando su música celestial, que oían los Apóstoles, discípulos y otros muchos; y perseveró tres días continuos con grande dulzura y suavidad. Descendieron tambien de las alturas otros muchos millares ó legiones de Ángeles con los antiguos Padres y Profetas, especialmente san Joaquin, santa Ana, san Josef, santa Isabel y el Baptista, con otros muchos Santos que desde el cielo envió nuestro Salvador Jesús para que asistiesen á las exequias y entierro de su beatísima Madre.

753. Con todo este acompañamiento del cielo y de la tierra, visible y invisible caminaron con el sagrado cuerpo; y en el camino sucedieron grandes milagros, que seria necesario detenerme mucho para referirlos. En particular todos los enfermos de diversas enfermedades (que fueron muchos los que acudieron) quedaron perfectamente sanos. Muchos endemoniados fueron libres, sin atreverse á esperar los demonios que se acercasen al santísimo cuerpo las personas donde estaban. Mayores fueron las maravillas que sucedieron en las conversiones de muchos judíos y gentiles, porque en esta ocasion de Maria santísima se franquearon los tesoros de la divina misericordia, con que vinieron muchas almas al conocimiento de Cristo nuestro bien, y á voces le confesaban por Dios verdadero y Redentor del mundo, y pedian el Bautismo. En muchos dias despues tuvieron los Apóstoles y discípulos que trabajar en catequizar y bautizar á los que se convirtieron en aquel día á la santa fe. Los Apóstoles llevando el sagrado cuerpo sintieron admirables efectos de la divina luz y consolacion, y los discípulos la participaron respecti-

vamente. Todo el concurso de la gente, con la fragancia que derramaba, y la música que se oía, y otras señales prodigiosas, estaba como atónito, y todos predicaban á Dios por grande y poderoso en aquella criatura; y en testimonio de su conocimiento herian sus pechos con dolorosa compuncion.

754. Llegaron al puesto donde estaba el dichoso sepulcro en el valle de Josafat. Y los mismos apóstoles, san Pedro y san Juan, que levantaron el celestial tesoro de la tarima al féretro, le sacaron dél con la misma reverencia y facilidad, y le colocaron en el sepulcro, y le cubrieron con una toalla, obrando mas en todo esto las manos de los Ángeles que las de los Apóstoles. Cerraron el sepulcro con una losa, conforme á la costumbre de otros entierros; y los cortesanos del cielo se volvieron á él, quedando los mil Ángeles de guarda de la Reina continuando la de su sagrado cuerpo con la misma música que la habian traído. El concurso de la gente se despidió; y los santos Apóstoles y discípulos con tiernas lágrimas volvieron al cenáculo: y en toda la casa perseveró un año entero el olor suavísimo que dejó el cuerpo de la gran Reina, y en el oratorio duró muchos años. Y quedó en Jerusalem por casa de refugio aquel santuario para todos los trabajos y necesidades de los que en él buscaban su remedio; porque todos le hallaban milagrosamente, así en las enfermedades, como en otras tribulaciones y calamidades humanas. Los pecados de Jerusalem y de sus moradores, entre otros castigos merecieron tambien ser privados de este beneficio tan estimable, despues de algunos años que se continuaron estas maravillas.

755. En el cenáculo determinaron los Apóstoles que algunos de ellos y de los discípulos asistieran al sepulcro santo de su Reina mientras en él perseverara la música celestial, porque todos esperaban el fin de esta maravilla. Con aquel acuerdo acudieron unos á los negocios que se ofrecian de la Iglesia, para catequizar y bautizar á los convertidos; y otros volvieron luego al sepulcro, y todos le frecuentaron aquellos tres dias. Pero san Pedro y san Juan estuvieron mas continuos y asistentes; y aunque iban al cenáculo algunas veces, volvian luego á donde estaba su tesoro y corazon. Tampoco faltaron los animales irracionales á las exequias de la comun Señora de todos; porque en llegando su sagrado cuerpo cerca del sepulcro, concurrieron por el aire innumerables avecillas y otras mayores, y de los montes salieron muchos animales y fieras, corriendo con velocidad al sepulcro; y unos con cantos tristes, y otros con gemidos y bramidos, y todos con movimientos dolorosos, como quien sentia la

comun pérdida, manifestaban la amargura que tenían. Solo algunos judíos incrédulos, y mas duros que las peñas, y mas crueles que las fieras, no mostraron este sentimiento en la muerte de su Redimidora, como tampoco en la de su Redentor y Maestro.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

756. Hija mia, con la memoria de mi muerte natural y entierro de mi sagrado cuerpo quiero que esté vinculada tu muerte civil y entierro, que ha de ser el fruto y el efecto primero de haber conocido y escrito mi Vida. Muchas veces en el discurso de toda ella te he manifestado este deseo, y te he intimado mi voluntad, para que no males este singular beneficio que por la dignacion del Señor y mia has recibido. Cosa fea es que cualquiera cristiano despues que murió al pecado, y renació en Cristo por el Bautismo, y conoció que su Majestad murió por él, vuelva á reincidir otra vez en la culpa; y mayor fealdad es esta en las almas, que con especial gracia son elegidas y llamadas para amigas carisimas del mismo Señor, como lo son las que con este fin se dedican y consagran á su mayor obsequio en las religiones, cada una segun su condicion y estado.

757. En estas almas los vicios del mundo ponen horror al mismo cielo, porque la soberbia, la presuncion, la altivez, la inmortalidad, la ira, la codicia, y la inmundicia de la conciencia y otras fealdades obligan al Señor y á los Santos á que retiren su vista de esta monstruosidad, y se dén por mas indignados y ofendidos que de los mismos pecados en otros sujetos. Por esto repudia el Señor á muchas que tienen injustamente el nombre de esposas suyas, y las deja en manos de su mal consejo, porque como desleales prevaricaron el pacto de fidelidad que hicieron con Dios y conmigo en su vocacion y profesion. Pero si todas las almas deben temer esta desdicha, para no cometer tan formidable deslealtad, advierte y considera tú, hija mia, qué aborrecimiento merecerias en los ojos de Dios, si fueses rea de tal delito. Tiempo es ya que acabes de morir á lo visible, y tu cuerpo quede ya enterrado en tu conocimiento y abatimiento, y tu alma en el ser de Dios. Tus dias y tu vida para el mundo se acabaron; y yo soy el juez de esta causa para ejecutar en tí la division de la vida y del siglo: no tienes ya que ver con los que viven en él, ni ellos contigo. El escribir mi Vida y morir, todo ha de ser en tí una misma cosa, como tantas veces te lo dejo advertido, y tú me lo has prometido, repitiendo estas promesas en mis manos con lágrimas del corazon.

758. Esta quiero sea la prueba de mi doctrina, y el testimonio de su eficacia; y no consentiré la desacredites en deshonor mio, sino que entiendan el cielo y la tierra la fuerza de mi verdad y ejemplo, verificada en tus operaciones. Para esto ni te has de valer de tu discurso ni de tu voluntad, y menos de tus inclinaciones ni pasiones, porque todo esto en tí se acabó. Tu ley ha de ser la voluntad del Señor y mia, y la de la obediencia. Y para que nunca ignores por estos medios lo mas santo, perfecto y agradable, todo lo tiene el Señor prevenido por sí mismo, por mí, por sus Ángeles y por quien te gobierna. No alegues ignorancia, pusilanimidad ni flaqueza, y mucho menos cobardía. Pondera tu obligacion, tantea tu deuda, atiende á la luz incesante y continua; obra con la gracia que recibes; que con todos estos y otros beneficios no hay cruz pesada para tí, ni muerte tan amarga que no sea muy llevadera y amable. En ella está todo tu bien, y ha de estar tu deleite; pues si no acabas de morir á todo, á mas de que te sembraré de espinas los caminos, no alcanzarás la perfeccion que deseas, ni el estado á donde el Señor te llama.

759. Si el mundo no te olvidare, olvidale tú á él; si no te dejare, advierte que tú le dejaste, y yo te alejé dél. Si te persigue, huye; si te lisonjea, despréciale; si te desprecia súfrele, y si te busca, no te halle mas de para que en tí glorifique al Omnipotente. Pero en todo lo demás no te has de acordar, mas que se acuerdan los vivos de los muertos, y le has de olvidar como los muertos á los vivos, y no quiero que tengas con los moradores de este siglo mas comercio que tienen los vivos y los muertos. No te parecerá mucho que en el principio, en el medio y en el fin de esta Historia te repita tantas veces esta doctrina, si ponderas lo que te importa ejecutarla. Advierte, carísima, las persecuciones que á lo sordo y en lo oculto te ha fabricado el demonio por el mundo y sus moradores con diferentes pretextos y cubiertas. Y si Dios lo ha permitido para prueba tuya y ejercicio de su gracia, cuanto es de tu parte, razon es te dés por entendida y avisada, y adviertas que es grande el tesoro, y le tienes en vaso frágil¹, y que todo el infierno se conspira y se rebela contra tí. Vives en carne mortal, rodeada y combatida de astutos enemigos. Eres esposa de Cristo mi Hijo santísimo, y yo soy tu Madre y Maestra. Reconoce, pues, tu necesidad y flaqueza, y respóndeme como hija carísima, y discípula perfecta y obediente en todo.

¹ II Cor. iv, 7.